

«Yo no creo más que en la escuela de la intuición, del captar o sentir una serie de emociones y transmitir las al espectador».



«Entre la gente de nuestra profesión existe más sinceridad, menos hipocresía, quizá porque seguimos siendo un poco bohemios».

EMMA PENELLA FELIZ Y ENAMORADA

CON las actrices sucede casi siempre lo mismo: la transcripción de sus palabras refleja sólo parcialmente el verdadero contenido de la entrevista. Y hay que hacer un esfuerzo para transformar en lenguaje escrito lo que en la charla han sido gestos de las manos, expresión de los ojos o matices de las palabras. Cuando esa actriz es espontánea, directa, apasionada en sus opiniones, enormemente divertida en su conversación (caso de Emma Penella), las dificultades aumentan al máximo. Cuando uno está escuchándole contar sus anécdotas de rodaje, cómo fue su experiencia italiana de «Scano Boa» (1960) o el frío que pasó en la filmación de «Fedra» (1956) —el papel que me colocó en primera línea, que me colocó de artista—, uno está por dar toda la razón a Mac Luhan, tirar el magnetófono, tirar la máquina de escribir y correr a comprar un tomavistas con sonido directo.

Porque se podrá no estar de acuerdo con montones de las cosas que Emma Penella afirma en los folios siguientes. Pero no es posible dudar —como testigos, damos fe— de la sinceridad de sus palabras, de la inmensa capacidad de ilusión que todavía guarda esta mujer, del acuerdo existente entre lo que dice y lo que hace, aun cuando —insistimos— ese decir o ese hacer no nos parezcan válidos.

Existe un hecho fundamental en la vida de Emma Penella sin cuyo conocimiento resulta imposible entender esta entrevista: Emma está casada con el productor Emiliano Piedra (quien financió el rodaje en España de «Campanadas a medianoche», de Welles), y ya sólo trabaja en las películas que —como «Fortunata y Jacinta» o «La primera entrega»— están producidas por su marido. Lo que en un principio no sería más que un dato en la vida privada de una actriz se ve así transformado, por voluntad propia, en una cuestión profesional. E insistimos en el planteamiento de dicha cuestión, porque nos resultaba extraño el desvinculamiento, la ruptura que Emma Penella había impuesto a su propia trayectoria; ruptura que ella no considera como tal, sino como mayor participación en la

obra conjunta, como conocimiento de una serie de cosas en las que, antes de su boda, ni entraba ni salía. Y ante el peligro de «vedettismo» que, dada su situación actual, parecía bastante probable, una respuesta seca y rápida: «Ni yo soy de ese tipo de personas, ni la gente que me rodea me dejaría llegar a un mínimo de «vedettismo»...»

TRIUNFO.—Después del buen resultado comercial de «Fortunata y Jacinta» (1), ¿cómo surgió el hacer «La primera entrega», una película con el mismo equipo pero tan diferente de la anterior?

EMMA PENELLA.—Bueno, después de «Fortunata...» teníamos el problema que siempre se plantea tras conseguir un éxito: ¿qué hacer ahora para no defraudar, para seguir a la misma altura, para no echar marcha atrás? Estudiamos temas, temas y temas: unos no los veías comerciales, otros eran dificultosos por otros motivos... hasta que surgió esta idea de Alfredo Mañas y, en principio, a mí me gustó más que a Emiliano. Yo le dije: «Pues chico, yo creo que puede ser una película muy de hoy, con un tema muy actual...» Y como Emiliano quería hacer una cosa muy distinta de «Fortunata...», porque si no parece que vas a hacer siempre lo mismo, te encasillan en seguida, pues ya se fue entusiasmando con el asunto y encargó a Mañas que hiciera el guión definitivo. Hemos rodado una buena parte de la película en esta misma casa, más de dos semanas en diferentes sitios y otras dos en Roma... Y así nació «La primera entrega».

T.—¿Tú no has intervenido nada en la elaboración del guión, en el trazado de Ana, su personaje protagonista?

E. P.—¿Yo? Yo no, hijo, yo no me meto en nada. Primero porque no creo que me dejaran. Y, además, porque yo soy una mujer con la suficiente inteligencia como para no intentarlo. Ese no es mi cometido. No, yo soy Emma

Penella, una actriz a quien contratan para darle un papel determinado; sólo que en este caso me contrata un señor que tengo la comodidad de que estoy siempre con él. O sea, aquí han estado Angelino, Alfredo y Emiliano horas y horas y únicamente me he sentado con ellos para comer o cenar o tomar una copa mientras hacían una pausa en su trabajo. Y entonces han podido comentar algún trozo del guión delante de mí, pero nada más.

T.—De cualquier forma, tanto «Fortunata y Jacinta» como «La primera entrega» estaban pensadas para que tú las hicieras...

E. P.—Sí, eso sí. Aunque en el caso de «Fortunata...», no exactamente. Yo no podía esperármelo ni por lo más remoto. Cuando Emiliano me dijo que me veía a mí como protagonista sólo faltaba un mes para que naciera mi segunda hija. Imagínate cómo estaba... Además, yo llevaba más de cuatro años sin trabajar y tenía miedo a defraudarle, a haberme quedado fuera de juego. Pero logró convencerme, perdí treinta y cuatro kilos en pocos meses y, aunque un poco pachuca, así como alcalda, me atreví con el personaje. Sinceramente, creo que Alfredo Mañas hizo una adaptación muy buena, porque, claro, lo que no puedes pretender es hacer en España una película de tres horas y con descanso en medio. La gente aguanta eso en «Guerra y paz» o en el «Doctor Zhivago», pero en una película española no te lo aguanta. Esto es así... aunque se trate de una maravilla como la novela de Galdós.

T.—¿Por qué esos cuatro años y pico sin trabajar entre «La busca» y «Fortunata y Jacinta»?

E. P.—Pues, mira, porque desde que tuvimos idea de casarnos Emiliano y yo, yo ya intuía que a él no le iba a apetecer. No, no es que él me lo prohibiese, fue todo sin amarguras, sin escenas. Ni yo le dije tampoco: «Emiliano, el hogar, los hijos...». Fue una de esas cosas que van ocurriendo y que, de repente, se dan por entendidas; no hace falta decir nada para captarlas.

T.—Y ahora sólo haces cine cuando lo produce Emiliano.

E. P.—Nada más.

T.—Pero has tenido propuestas interesantes que te ha costado rechazar...

E. P.—Pues a lo mejor alguien ha llamado, pero... Sí, me acuerdo que me ofrecieron trabajar en una película que iba a dirigir John Huston. Pero yo le contesté que, primero, yo no sabía nada de inglés y que, además, que no, que no trabajo con nadie más que con él. Nos va muy bien así. ¿Qué quieres que te diga? Con esto yo no ataco a los que han organizado su vida de otra manera, ni muchísimo menos. Ni tampoco creo que yo esté más enamorada que las demás mujeres o que me lleve mejor con mi marido, no. Cada personaje es un mundo, y tampoco tengo veinte años y una carrera por delante. De repente hay cosas en la vida que te interesan más que tu carrera. Yo ya me he hecho a él y me gusta, me gusta sentirlo, me abandono a sentirlo. Sinceramente, me apetece vivir así, es como lo paso bien.

El teatro. Berlanga y Bardem

T.—Hace nueve años estrenaste en teatro «Micaela», de Calvo Sotelo, dirigida por Marsillach. A pesar del éxito que tuviste no has vuelto a subir a un escenario. ¿Por qué? ¿Por las mismas causas que acabas de decirnos? ¿Porque la experiencia no fue tan buena como pareció desde fuera?

E. P.—No, no, la experiencia de «Micaela» resultó estupenda, muy buena. La recuerdo con mucho cariño, aunque no me enteré muy bien porque era la primera vez que hacía teatro y ya sabéis que la primera vez que uno hace algo jamás se entera de nada. Vamos, es que yo del estreno de «Micaela» no me acuerdo lo más mínimo, es como si me hubieran anestesiado. Bueno, os advierto que con estos dos últimos estrenos, «Fortunata...» y «La primera entrega», me ha sucedido lo mismo...

«Pero es que, aparte ya de «Micaela», yo no me meto ahora en un teatro a las seis de la tarde para salir a las dos de la mañana, claro. Fundamentalmente, por lo mismo que os he di-

(1) Hasta el 31 de marzo de 1971, «Fortunata y Jacinta» había recaudado 25.142.121 pesetas, ocupado el puesto número 70 entre todas las películas nacionales en explotación. (Datos oficiales del «Boletín Informativo del Control de Taquilla», número 53.)

cho hace un momento. Si Emiliano fuese el empresario del teatro, pues todavía, entonces sí, porque ya sería una obra conjunta y él tendría que ir al teatro a ver cómo iba la obra, si la gente se divertía o no... Pero contratada por otro señor, pues no. Sólo si no hubiera más remedio, por una cuestión material... Pero no creo. En este aspecto, no es que nos sobre, pero tampoco nos falta. Si yo me quejara de la vida sería para fusilarme, vamos. Si con tener todavía un poquito menos de lo que tenemos habría que dar muchas gracias al destino...

T.—Perdona que insistamos, pero si Berlanga te vuelve a llamar para otro «El verdugo», para una película de altura similar, ¿mantendrías tu negativa?

E. P.—Sí, yo también insisto en que no la haría, a no ser que la produjese mi marido. Y eso que adoro a Luis, le adoro. Es una delicia trabajar con él. Profesionalmente, le tengo entre lo más positivo. Porque un señor que ha sido capaz de hacer «Bienvenido...», «El verdugo», «Los jueves, milagro», «Calabuch», «Plácido»..., pues ya me diréis. Y la última suya «¡Vivan los novios!», a mí me parece de lo más decente que se ha hecho dentro del cine comercial que hay en España. Es como Bardem; el Bardem en el que yo creo no es, sinceramente, el Bardem de «Varietés». Pero, bueno, tampoco hay que rasearse las vestiduras. Él ha hecho una comedia musical con una actriz que es hoy nuestra primerísima «estrella», no nos engañemos, y ¿qué esperaba ver la gente? Pues la gente ve lo lógico: una comedia musical donde Sara Montiel está guapisima, donde canta fenomenal (porque a mí me gusta muchísimo cómo canta Sara, me gusta mucho su voz, se la envidio, yo que la tengo tan horrorosa), yo no esperaba ver más que eso. Y que por «Varietés», ¡pum!, hundir ya a Bardem, hombre no, por favor... Un señor que aunque sólo sea por «Calle Mayor» y «Muerte de un ciclista», que a mí me parece una de las tres mejores películas que se han hecho en el cine español, ya merece un respeto, un margen de confianza, vamos, digo yo. Además, no creo que a Bardem, en «Varietés», se le tenga que juzgar como si fuera Shakespeare. Si hubiera hecho «Otelo» en plan de revista... pero Juan Antonio no ha dicho: «Voy a hacer «Medea», con Sara Montiel, con canciones y no sé qué...». No, ha hecho «Varietés»; la misma palabra lo dice. Entonces, algunas cosas te podrán parecer regular o mal, pero en conjunto, dices: «Bueno, por lo menos este señor no me ha estafado lo más mínimo». Y me parece muy justo y muy lógico que Sara Montiel quiera llevar en su película cien primeros planos o veinte o dos, porque ella es una «estrella» que tiene una trayectoria que mantener y un público al que agrada. Bardem ha hecho una película para el público, no la ha hecho para la profesión. Y, oye, los que no son productores, todavía; pero que un productor se atreva a decir muy escandalizado: «¡Pero cómo Bardem ha hecho esto!». «Pues porque usted no le ha llamado para trabajar, ni usted, ni usted, ni usted... Y Bardem tiene cinco hijos, ¿no? Pues eso».

T.—Y el hecho de verte relevada en tu personajes de «Cómicos» por la muñeca de un ventrílocuo, ¿qué te ha parecido?

E. P.—Bueno, en realidad está todo muy cambiado. «Varietés» se basa en «Cómicos», pero no es «Cómicos». Fijos que yo hacía la segunda, la característica, la mujer que está de vuelta de todo, y ese personaje ha desaparecido ahora.

T.—Pero lo que tú decías y, sobre todo, para lo que le servía a la protagonista, a Ana Ruiz, ahora lo dice la muñeca...

E. P.—Yo no me acuerdo de los diá-

logos exactos, pero no me han sonado mucho al oído. Lo que sí se mantiene son los dos personajes principales, la primera actriz y la chica, y algunas escenas, como cuando reparten los papeles y la desilusión posterior de ella... Mirad, sea como sea, para mí Bardem seguirá siendo Bardem, y a mí mañana me dice Emiliano que me va a dirigir Bardem y pego un salto de alegría. Con eso te digo todo. Es lo mismo que me pasa con Berlanga, y con otros cuantos más; no creas que son ellos dos sólo. Porque, por ejemplo, yo he visto hace unos días «Las secretas intenciones», y me parece indigno que nadie haya resaltado la impresionante dirección de Eceiza. No he leído a nadie que haya dicho: «¡Menos mal que otro director joven español va saliendo, va despuntando!». Y no es que yo tenga una especial amistad con Antón Eceiza, pero es que esa dirección se tiene que ver. Y pasa inadvertida...

Angelino Fons: duro como una piedra

T.—Ya que hablamos de directores, Emma, ¿cómo surgió tu vinculación con Angelino Fons, que es quien te ha dirigido en tus tres últimas películas?

E. P.—Angelino me llamó para hacer «La busca»; tenía mucho interés en que yo la interpretase e incluso medió en algún desacuerdo económico que había con el productor. Luego, cuando surgió lo de «Fortunata...», Emiliano tenía desde el principio la idea de contratar a un director joven que, comprendiendo el clasicismo de Galdós, aportara un poco de renovación en el sentido de lo que el cine es hoy. Y entre los nombres que se barajaron surgió el de Angelino. Como yo tenía mucho miedo después de cuatro años y medio —ya os lo he dicho antes—, fui partidaria de un director que me conociese, que supiera más o menos cómo soy, porque eso me permitía ir al roda-

je con una cierta tranquilidad y comodidad. Por último, para «La primera entrega» se ha repetido íntegro el equipo básico de «Fortunata...».

T.—Y, lógicamente, estarás plenamente compenetrada con Angelino después de hacer juntos las tres películas...

E. P.—Yo no puedo estar nunca compenetrada con Angelino, porque a mí Angelino no me dice nunca nada. A veces la pregunta: «Oye, Angelino, ¿qué tal?», y me dice: «Bien, bien; si no me gustara te diría que otra toma...». Y, otras veces, él dice: «¡Corten!», y yo me guardo la lágrima por si hay que repetir; hasta que, de repente, giro la cabeza y veo que ya están cambiando la cámara de sitio... Ya no le pregunto, claro: eso era al principio. Pero esto no es de Angelino sólo, ¿eh? Os advierto que lo mismo me pasó con Berlanga en «El verdugo». Me pegué a la semana de trabajar con él. Le dije: «Bueno, Luis, no me dices nunca nada...». Y



BRAUN ABREMATIC

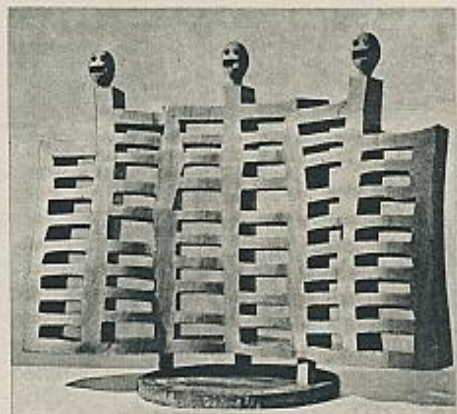
La empresa Braun Española ha lanzado al mercado otro gran producto: Braun Abrematic. Un abrelatas automático que elimina definitivamente los problemas de abrir latas y que, además, lleva incorporado un afilador eléctrico de cuchillos y tijeras. Su belleza de diseño y su gran calidad siguen la línea de todos los productos de Braun Española.



RONSON PONE A LA VENTA EL PRIMER ENCENDEDOR ELECTRONICO DE BOLSILLO

Ronson, la conocida marca inglesa de encendedores, presenta una novedad absoluta en el campo de los objetos para el fumador: el primer encendedor ELECTRONICO. Un pequeño milagro técnico que guarda todo un proceso de transformación de energía en su interior. Con batería de 15 voltios, el nuevo encendedor Electrónico tiene carga para servir un año a un fumador promedio, sin necesidad de piedra. Como novedad extra, tiene un sistema de encendido al tacto y no hace ruido. El nuevo encendedor Ronson Electrónico será, sin duda, el gran éxito estas Navidades entre los objetos para regalo.

BADIA: IDEA DEL HOMBRE



«Cada una de estas figurillas deberá, bajo vuestra mirada, tarde o temprano, dejar sitio a una idea y a una sola. La misma siempre. Para toda una obra, una sola idea. Una idea de la que algunos se obstinan y están obsesionados en creerla menos vana que cualquier otra: la idea del Hombre. Sois libres de vestirla de pasión». Así escribe J. J. Rock a propósito de la obra de Francisco Badia, que ahora está otra vez entre nosotros con sus figuras esenciales, quitaesenciadas, desnudando al hombre hasta sus huesos, para así mostrarlo en su radical realidad. Francisco Badia llega a esta exposición madrileña de la sala Santa Catalina con una apretadísima biografía tras de sí: nacido en Foyos, Valencia, en 1907, se formó en la Escuela de San Carlos y realizó viajes de estudio por Italia, Alemania, Holanda, Bélgica. Desde 1947 reside en París. Ha participado en doce exposiciones colectivas y sus obras figuran en el Museo Español de Arte Contemporáneo y en colecciones de París, Madrid, Barcelona, Venezuela, Italia y Valencia.

EMMA PENELLA

me contestó: «¡Ah!, ¿pero es que tú eres de esas a las que hay que decir "Qué bien, hija, qué guapa"... Y le dije: «No, no soy tan imbécil, pero por lo menos dime: "Oye Emma, vale"». Y me contestó: «Pues si digo ¡corteni, ¡cámará aquí, ya es bastante..., porque si no tengo que ir también a Pepe Isbert y a Manfredi, a todos, a decirles: "Muy bien; tú, estupenda tu pausa; tú, muy bien tu lágrima; tú, muy bien... Y, claro, me sentí tan ridícula al escuchar eso que le dije: «No, no; perdona, perdona, nunca más en la vida se me ocurrirá decirte algo... Pues Angelino me recuerda mucho a Luis an eso; no en otros aspectos en que son totalmente diferentes. Angelino, hijo mío, es «duro como una piedra», enormemente frío.

T.—Habías antes de tu voz como si fuese un desastre, cuando...

E. P.—No, no, ahora ya la quiero, desde que no me doblan, ya la quiero. Pero es que he sufrido mucho y he llorado mucho a causa de mi voz. Porque yo decía: si me doblan, no hago tal película..., pero como veía que, siguiendo esa postura no trabajaba, pues tenía que bajar la cabeza. Y cuando yo oía el doblaje reconocía que aquella voz que sustituía a la mía era preciosa y que incluso quizá decía las cosas mejor que yo, pero yo las decía de otra manera... Aunque, no nos engañemos, mi voz es monótona, porque hay voces rotas como la mía, pero que tienen mucha más flexibilidad. En persona, vosotros lo estáis comprobando; tengo mis altos y mis bajos, pero en micrófono es espantosa, tiene como un eco continuo. No resulta como la de Pilar Muñoz, que se baja pero pastosa. A mí me cuesta la matización el doble que a cualquier actor, y si siempre he gesticulado mucho es porque tenía que hacer un enorme esfuerzo para emitir la voz. Oye, que yo ya llevo cinco operaciones de garganta. Y que tengo el problema de que no utilizo el diafragma para respirar. Y, eso sí, si me ha corregido mucho la respiración ha sido a base de voluntad, de cabezonería. De acuerdo entonces en que mi voz es personal, pero por suerte para las demás, claro.

Entre la enfermera y Raphael

T.—Una pregunta un poco absurda, formulada así en frío, pero, ¿qué es ser actriz en España, Emma? ¿Qué características diferenciales tiene tu profesión con respecto a otras, cómo la sociedad española acepta, integra o rechaza vuestro trabajo?

E. P.—Yo creo que en la vida particular si es igual ser actriz que ser enfermera o ser dependienta o cualquier otra cosa. Hombre, por ejemplo, si voy a una boda, pues me tengo que arreglar un poco más, porque sé que la gente va a decir: «Mira, Emma Penella...». Pero, vamos, quitando eso, yo voy al mercado igual que la enfermera y compro más cosas. Quizá porque no soy una actriz popular, yo no armo revuelos en las calles como puedan armarlos Raphael, o Manolo Escobar, o Sara Montiel..., no; a mí la gente me conoce, me admite, estoy considerada profesionalmente, pero nadie se desmelenar por verme a su lado, vamos. Entonces, lo que sí sucede es que vivimos más cara al público y lo nuestro profesionalmente, pero nadie se desmelenar por verme a su lado, vamos. Entonces, lo que sí sucede es que vivimos más cara al público y lo nuestro profesionalmente, pero nadie se desmelenar por verme a su lado, vamos. Aunque nos critiquemos y nos ponga-

mos verdes, entre nosotros existe más sinceridad, menos hipocresía, quizá porque seguimos siendo una profesión de bohemios. O sea, puede ser que la gente sea más bruta para hacer daño, pero actúa con menos maldad. Aunque yo he tenido suerte y a mí la gente de mi profesión no me ha hecho daño jamás.

T.—Pero el actor sí es más sensible que el resto de la gente, tiene que serlo, está más abierto a nuevas experiencias, a nuevos...

E. P.—Por fuerza tiene que ser más sensible, claro, porque sólo eso te da la riqueza de sentimientos necesaria para representar todo tipo de personajes. Tengo bastante comprobado que el actor, en general, es muy observador, pero es un observador por instinto, no premeditado. El problema es que ser actor no es sólo sentir, sino también transmitir. No creo en el actor que no siente nada, que dice que eso no le preocupa lo más mínimo. Eso es un idiota que llega al «plató», retrata muy bien y entonces se dan casos de fotografía fabulosa, pero que se acaban en cinco o seis películas.

T.—¿Tú has sido siempre una actriz puramente intuitiva, o has seguido alguna vez o durante algún tiempo un método concreto de interpretación, determinada técnica?

E. P.—No, no, yo no creo más que en la escuela de la intuición, del captar o sentir una serie de emociones y transmitirías al espectador. Creo que debe existir una escuela de interpretación, eso sí, en que cada uno pueda aprender a dosificarse, a conocer sus propios recursos, a ejercitarse en manifestar una serie de cosas. Pero soy de las que creen que el actor nace, aunque todo lo que aprenda después es ganancia, qué duda cabe.

T.—Normalmente, has encarnado un tipo de personajes muy concreto, variantes casi siempre de la mujer desgarrada, sobre todo en su vertiente popular. En «La primera entrega» eres una mujer de la alta burguesía madrileña, con problemas matrimoniales... ¿Qué ha significado para ti este cambio? ¿Por qué este giro?

E. P.—Sólo puedo contestaros que me enamoré en seguida de este papel, seguramente porque —como decis— nunca lo había hecho. La única incomodidad venía de los trajes y esas cosas, de que tenía que estar más seria y envarada...

T.—Mirando un poco hacia atrás, hacia ti misma desde que eras doble de luces de Amparo Rivelles en «La duquesa de Benamejí» —1949— hasta este momento, repasando tus casi veinte años de profesión, tus experiencias vitales de todo este tiempo, ¿qué piensas de ello? ¿Te sientes satisfecha de toda esta trayectoria?

E. P.—Completamente satisfecha. Todo me ha servido para algo. Doy gracias a mi destino sin ningún tipo de reservas. La única, quizá, que me habría gustado conocer a Emiliano cuando tenía dieciséis años y no unos cuantos después. Por eso ahora tengo mucha prisa de estar con él, de que el tiempo no me robe nada. Por eso también mi trabajo me importa ahora mucho más, el doble, el triple, porque lo hago con él, lo vivo con él; no quiero decepcionarle, ¿entendéis?... Aunque, bueno, no quiero hablar mucho de Emiliano, porque luego se enfada conmigo. Pero si mi vida es él, si a mí me ha dado la gana dedicarme a este señor, ¿de qué quiere que hable, del Presidente De Gaulle?... ■ Entrevista recogida en magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

ARAGON

expres

DIARIO DE LA TARDE

El periódico que nunca le decepcionará